Carlos López Hernández

Misa Crismal 2016

En esta celebración ocupan un lugar privilegiado los óleos de los catecúmenos y de los enfermos, que van a ser bendecidos, y el crisma, que va a ser consagrado. Con ellos hemos sido todos ungidos al recibir los sacramentos de la iniciación cristiana y algunos de nosotros en situaciones de enfermedad. Y especial significación tiene para los presbíteros la unción con el santo crisma. Por ello, esta celebración es para todos memoria viva de nuestra historia personal de salvación, por la inserción en el misterio pascual de Jesucristo a través de las mediaciones sacramentales de la Iglesia. Somos los "ungidos" por el Espíritu del Señor. Y participamos de la unción de Jesús, el Ungido de Dios, el Cristo de Dios, enviado a nosotros como Mesías Salvador.

Jesús, el Ungido y enviado de Dios

Acabamos de escuchar en el Evangelio de san Lucas las palabras de Isaías leídas por Jesús en la sinagoga de Nazaret: "*El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor"* (Lc 4, 18). Y Jesús declara estas palabras cumplidas en él: "*Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír"* (Lc 4,21).

La unción de Isaías por el Espíritu se realizó en un momento ya avanzado de su vida como capacitación para la misión a la que el Señor le llamó. Con la unción se da al profeta el Espíritu Santo para la misión. Al declarar cumplidas en él las palabras de Isaías, Jesús parece declarar también que él ha recibido la unción del Espíritu Santo para la misión.

Pero el Evangelio de Lucas no hace referencia a ninguna acción ritual en la que Jesús hubiera recibido la unción del Espíritu. Jesús ha sido concebido por obra del Espíritu Santo, y es por eso el Santo Hijo de Dios (Lc 1,35). En el bautismo de Jesús *"bajó el Espíritu Santo sobre él con apariencia corporal semejante a una paloma y vino una voz del cielo: `Tú eres mi Hijo, el amado, en ti me complazco"* (Lc 3, 22). Y Lucas explica después: *"Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán y el Espíritu lo fue llevando cuarenta días por el desierto, mientras era tentado por el diablo"* (Lc 4, 1-2).

La unción de Jesús por el Espíritu no sucedió en el tiempo, es eterna y constitutiva de su ser personal de Hijo de Dios antes de tomar carne humana en el seno de María. De ello da testimonio el salmo 110 que presenta al Mesías, príncipe y sacerdote, y, por ello, llamado a ser ungido. Pero se dice de él: "*Eres príncipe desde el día de tu nacimiento entre esplendores sagrados; yo mismo te engendré, desde el seno, antes de la aurora"*(Sal 110, 3). *"Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec"* (Sal 110, 4). Por otra parte, la carta a los Hebreos presenta al Mesías, al Hijo, como ungido *"con aceite de júbilo*" (Heb 1, 8).

Consagrados con la unción del Espíritu y misioneros

El profeta Isaías esperaba que quienes acogieran su buena noticia se llamarían "Sacerdotes del Señor" y serían reconocidos como "Ministros de nuestro Dios". Y el fruto de la misión de Jesucristo es descrito por el Apocalipsis confesando: "*Nos ha librado de nuestros pecados con su sangre, y nos ha hecho reino y sacerdotes para Dios, su Padre"* (Ap 1, 5-6).

Cada uno de nosotros hemos recibido en el bautismo la unción con el óleo de los catecúmenos *para que el poder de Cristo Salvador nos fortalezca;* y la unción con el crisma nos ha consagrado *para que entremos a formar parte de su pueblo y seamos para siempre miembros de Cristo, sacerdote, profeta y rey.* En la confirmación se ha pedido a Dios Padre que derrame el Espíritu Santo para que *nos consagre con su unción espiritual y haga de nosotros imagen perfecta de Jesucristo,* es decir, ungidos, cristos y mesías a su imagen, llamados a participar en la misión del Señor. Así pues, todos somos partícipes en la unción y misión de Jesús en virtud de nuestro bautismo y confirmación, que han configurado nuestra vida con Cristo Jesús; somos sus discípulos misioneros; somos misión en medio del mundo.

Ungidos para ungir al pueblo santo

Hermanos presbíteros: En la plegaria de nuestra ordenación, el obispo oró al Señor: "*Sean fieles dispensadores de tus misterios, para que tu pueblo se renueve con el baño del nuevo nacimiento, y se alimente de tu altar; para que los pecadores sean reconciliados y sean confortados los enfermos. Que… imploren tu misericordia por el pueblo que se les confía y en favor del mundo entero*".

Y la unción de nuestras manos con el crisma se realizó con esta oración: *"Jesucristo, el Señor, a quien el Padre ungió con la fuerza del Espíritu Santo, te auxilie para santificar al pueblo santo y para ofrecer a Dios el sacrificio"*. Es decir, en nuestra ordenación sacerdotal hemos sido ungidos con la fuerza del Espíritu Santo para ungir y santificar al pueblo santo.

Ungidos y enviados a evangelizar

En la plegaria de nuestra ordenación presbiteral, el obispo elevó al Señor esta súplica: "que por su predicación, y con la gracia del Espíritu Santo, la Palabra del Evangelio dé fruto en el corazón de los hombres y llegue hasta los confines del orbe".

Para esta misión nos ha elegido el Señor, como signo de su amor de predilección por nosotros. Para esta misión nos ha ungido y consagrado con el Espíritu Santo. Con esta fuerza del Espíritu y en su nombre nos ha enviado a anunciar el Evangelio, a bautizar en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28, 18-21) y a celebrar la eucaristía en memoria de él (cf Lc 22,19; 1 Cor 11, 23-26). Nos ha entregado su Espíritu para perdonar los pecados (cf. Jn 20, 21-23); y nos ha encargado continuar su servicio de lavar los pies de los discípulos (cf. Jn 13, 14-15). En síntesis, nos ha encargado pastorear el rebaño de Dios que tenemos a nuestro cargo y mirar por él, no a la fuerza, sino de buena gana, como Dios quiere; no por sórdida ganancia, sino con entrega generosa; no como déspotas, sino convirtiéndonos en modelos del rebaño. Y nos ha prometido que, cuando aparezca el Pastor supremo, recibiremos la corona inmarcesible de la gloria (cf 1 Pe 5,2-5).

Sabemos por experiencia que la entrega generosa a la misión a la que somos enviados es fuente de alegría. En la relación íntima con el pueblo santo de Dios, que nos ha sido confiado, encontramos nuestra auténtica y plena alegría, que incluye tomar parte en los sufrimientos de Cristo en ellos. Así nuestra alegría es pascual y misionera, y tiene como guía la fidelidad al Evangelio del Señor y a la inspiración de su Espíritu.

El Señor nos ha ungido en Cristo con "*aceite de júbilo"* (cf Hb 1, 9; Sal 45, 8) y nos exhorta hoy a acoger y cuidar el gran don de la alegría sacerdotal que nos ha sido dado con el sacramento de la imposición de manos (cf 1 Tim 4, 14). Hemos sido ungidos con óleo de alegría para ungir con óleo de alegría al pueblo fiel de Dios: para anunciar a Jesucristo y enseñar a seguirle; para bautizar y confirmar en la fe; para curar heridas, perdonar y reconciliar; para bendecir y consagrar todo lo bueno; para acompañar en el camino; para abrir sendas de justicia y atender al pobre; para interceder, consolar y dar esperanza. Con esta variedad de acciones pastorales somos servidores de la alegría del Evangelio, que "llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús" (EvGa 1). Y este mismo pueblo creyente y gozoso nos acompaña en la misión, y se convierte en custodio y alimento de nuestra alegría misionera en los momentos de tristeza, adversidad y desaliento.

La misión sacerdotal muestra el verdadero camino de la realización personal, a saber: la vida se alcanza y madura a medida que es entregada para dar vida a los otros. Por tanto, hemos de encontrar la alegría en dar la vida por las ovejas y en evangelizar cada día, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas. Todo nuestro ministerio tiene que expresar la alegría que hemos recibido de Cristo.

Por todo ello, l**os presbíteros nos sentimos hoy gozosamente amados por Jesús y vamos a renovar las promesas de nuestra ordenación sacerdotal.**

Salamanca, 23 de Marzo de 2016